

Italia. No hay aquí olor a pólvora, aunque de vez en cuando escuchemos ruido de morteros y cañones. Hay, sí, profundas heridas. Nápoles, la ciudad ocupada, establece la tónica de un pueblo vencido. Por sus calles, barrios y casas circula un enjambre derrotado, entregado al hambre y a sus instintos, dislocada su noción de seres, barrido por duras pasiones. Allí hay un hombre que ofrece sus hijos al apetito de los soldados; allí se paga por ver la única virgen de Nápoles; allí los jóvenes invertidos muestran sus rituales repulsivos y se dicen marxistas, y allí juega y desnuda el pueblo italiano a sus caballerosos invasores. Es decir, allí está la tragedia, aunque el pueblo italiano cante y ría cuando el sol aparece después del sismo...

Es lástima que la versión al castellano de *La piel* ofrezca tan graves y molestos errores. Creemos que el libro de Curzio Malaparte merece más cuidadosa presentación. Porque el autor, a pesar del sensacionalismo que le acusara el ácido Papini, ofrece un espectáculo digno de meditación, sobre todo de aquellos jóvenes intelectuales que estiman el oficio como una competencia de pintorescas zancadillas.—VÍCTOR CASTRO.

<https://doi.org/10.29393/At325-18NECG10018>

“LA NOCHE DE ENFRENTÉ”, de *Hernán del Solar*, Colección Araucaria, V. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952

No conozco a Hernán del Solar, no lo he visto nunca ni ha habido quien me lo enseñe al pasar. Me lo han enseñado, sí, sus obras. Félix Martínez me habló una vez de él con entusiasmo. Al parecer se contradicen en él, como en tantos otros, los cuadros biotipológicos de un Kretschmer. Creo que en su juventud fué campeón de box. Sin embargo, se me aparece hoy como un ser delicado y atento, un amador silencioso de las cosas. Su actitud tiene de aquella identidad en que sujeto y objeto se hacen uno. De esa identidad

que nace en el momento en que el creador se introduce en la realidad misma que escoge y la vive desde dentro, haciéndola suya.

Hernán del Solar se abandona a la magia de las cosas y hace hablar hondamente su mudez. Aplica el oído a las cosas y escucha. Luego nos cuenta su decir. El es el vagabundo que visita, escucha, contempla y entonces habla para dar sentido a las cosas.

*La noche de enfrente* es un conjunto de once relatos, cuentos y *nouvelles*, escritos con un mismo sello unitario que podríamos llamar "realismo mágico", si esta expresión ya acuñada no significara otra cosa. *Realismo*, porque aquí hay detención y cultivo de la "cosa" —de la "res" de donde "re-alismus—, y *mágico*, porque aquí todo se transmuta; la acción se hace acción de lo inerte; la palabra, voz de lo mudo; la identidad, identidad de lo inidentificable; el sonido, sonido del silencio. Fantasía hecha a pie firme sobre las cosas concretas de aquí y de allá.

Había leído *Rhododendro* que apareció hace cosa de un año o dos en un periódico artístico-literario de Santiago. Es un cuento como nunca habíamos leído. Un cuento de rara originalidad, profundo y nuevo, hecho con dulce y simpática humanidad. Se incluye en este volumen y su tónica es la tónica del libro todo.

En "Naturaleza muerta" hace aquello de Lope de Vega en el soneto de Violante: un juego de ingenio en que la comunicación del propósito se hace obra conclusa.

Una curiosa tendencia al artificio lo lleva a creaciones como "Bicéfalo", historia truculenta de un niño (¿o dos?) con dos cabezas y dos personalidades incongruentes, disímiles y contradictorias, que termina en decapitación parcial y equivocada y embalsamamiento perfecto y artístico de la cabeza separada y con —todavía— una última e inusitada reacción del sobreviviente. El pie forzado está vencido con ingenio y destreza, pero el relato —uno de los más extensos del volumen— se resiente de su propia artificiosidad.

Su prosa es una de las más sorprendentemente ricas y originales dentro de su pureza y de cierta escueta lineación, que hayamos

leído en nuestra lengua. Prefiere la frase, siempre breve y concisa, al período. Un sabor bíblico la invade y más de un apotegma mosaico o evangélico aparece aquí y allá. Su estilo es de una artesanía ejemplar. Hecho de palabra cotidiana y de precisión y rotundidad bíblicas. Ciertas modalidades de los libros mosaicos son empleados por Hernán del Solar como ejes sobre los cuales torna la creación literaria. Léase el comienzo de "Genealogía":

"Isaías engendró a Gaspar, y Gaspar engendró a Samuel, y Samuel engendró a Martín. Entonces fué el tiempo de un conejo de felpa y las bellas historias antes de dormirse" (pág. 39). Pero Samuel no engendró a Martín, en verdad, y ahí es donde nace el cuento.

En nuestro caso el estilo nace de un hombre que ha observado el mundo del encanto y la minucia con detención amorosa. Esta relación es la que da el carácter de autenticidad a la obra de Hernán del Solar. Algo como la identidad platónica, o la unión musical —sinfonía de las esferas— pitagórica, o el Sadhana natural de Tagore, o esa simpatía material que predicaba D. H. Lawrence. Esta identidad es llevada hasta las más extremas consecuencias por Hernán del Solar, hasta el punto de llegar a la transfiguración en cuentos como "Coleóptero", al encantamiento como en "Bombo" —uno de sus más hermosos cuentos—, "La guitarra negra", "Orfeo", "Pata de palo", o bien, a la rarefacción como en "Minotauro" y "La noche de enfrente" —que da nombre al volumen—. Leamos el comienzo de "Rododendro":

"Las ciudades aprenden una canción y la cantan. De improviso, la olvidan.

"Pero en mí hay una palabra apenas. Es como la canción que han aprendido las ciudades, porque vino de repente y se quedó conmigo. Sin embargo, no quiere irse. Ha envejecido como yo y me acompaña. Si estoy solo, aparece y me cuenta su historia. Siempre es la misma: una sola palabra" (pág. 13).

Hernán del Solar posee un humor fino y contenido. A veces,

un tanto cruel. Deja caer la nota humorística con un gesto triste y como al pasar. "Las mujeres lloran o ríen —dice en alguna parte— pero no saben escuchar".—CEDOMIL GOIC.



"CIUDAD BRUMOSA", novela por *Daniel Belmar*, Concepción, 1952

En estas mismas páginas nos referimos hace algún tiempo a *Coirón*, excelente novela del escritor penquista Daniel Belmar, autor ahora de una obra novelesca cuyo escenario es Concepción.

Destacamos en aquella ocasión el valor estilístico y temático de la novela que la situaba entre las mejores del pasado año.

*Ciudad brumosa* promete ser tan lograda como aquélla; hace recordar la madura y poética prosa de otros libros de Belmar, difundidos ya ampliamente entre el público lector. Se inicia así:

"Sí.

"Era una gran ciudad. Una ciudad tendida, como una dulce "bestia aletargada, entre la vasta cadena de pinos y la húmeda cintura del río que la estrechaban, alargándola" (pág. 7).

En el fondo, Belmar es un poeta, pero sabe matizar, equilibrar imágenes en prosa virilmente expresada.

Leída *Ciudad brumosa* no podemos suscribir en totalidad los mismos juicios que emitimos sobre *Coirón*. Es cierto que el estilo conserva en mayor o menor cantidad la novedad y el acierto anteriores, pero en un tema metropolitano el autor parece no encontrarse y perderse entre el abigarrado mundo de ciudad y personajes que, vivencialmente, no es el suyo. En *Coirón* había el sereno, definitivo encuentro con un paisaje y unos hombres que el autor había conocido, que algún día formaron parte de su propia vida; es más: de su niñez.

El mundo de ahora le resulta marginal, como impuesto a su propio quehacer. El protagonista, Gastón Luna, un tahur, no es él